

VICTORIA AIHAR

Una canción
para Abril

INCLUYE EL
ESPERADO
DESENLACE

zafiro 

Índice

Portada
Dedicatoria
Una canción para Abril
Veinte años después
Epílogo
Agradecimientos
Extras
Sobre la autora
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Al amor de mi vida...
Porque tú y yo sabemos que el amor todo lo puede.*

—¡Necesito hablar contigo, Jaz!

—¡Pero yo no! ¡Déjame en paz! Sigue con tu vida, que yo haré lo mismo con la mía.

Me sorprendí de lo fría que fue mi respuesta. Él también, por lo que me agarró fuerte por el codo y gritó:

—¡Vas a escucharme te guste o no!

Tiré del brazo para soltarme y lo miré fríamente.

—¡No te atrevas a volver a tocarme ni a gritarme!

No le di oportunidad a nada más. Subí al coche y me fui.

Había pasado un mes y definitivamente necesitaba un cambio. Cruzarme con Valentín o con Claudia era algo que me disgustaba con sólo imaginarlo. Sin pensarlo demasiado y siendo totalmente impulsiva, llamé a mi hermano.

—¡Hola, Benja! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Jaz! ¿Cómo te encuentras?

—Bien, mejor de lo que se supone... —Suspiré—. Oye, estaba pensando en irme a Madrid un tiempo, buscar un trabajo, estar más cerca de mi hermanito...

—El piso es pequeño, pero eres bienvenida. ¡Creo que te puede sentar bien!

—Gracias, Benja, pero pensaba pedirles el piso a papá y mamá. No quiero molestar. Tú estás con Dan y necesitáis intimidad. Pero gracias. ¡Me va a ir bien estar cerca de ti!

Todavía tengo que hablar con papá y mamá. No sé cómo se lo tomarán, pero de verdad, de verdad, necesito un cambio...

—Te entiendo. Vente a pasar un tiempo, y mientras piensas si te quieres quedar por aquí, nuestra casa está abierta para ti. No tengo que repetírtelo.

—Gracias. ¡Te quiero, hermanito! Te llamo cuando lo tenga más claro.

—Adiós, Jaz. ¡Yo también te quiero!

Llamé a Leti para contarle la decisión que había tomado. Le propuse que ocupara mi lugar en la consulta; al fin y al cabo, había aceptado suplirme durante la luna de miel. Ambas lloramos. Nos íbamos a extrañar, pero ella sabía que para mí irme era importante. Le dejé un mensaje a Violeta, que estaba de viaje, tomé las llaves de mi Pandita y me fui a ver a mis padres.

—¿Cómooo?! Pero ¿por qué?

Mamá lloraba, desconsolada. Papá le acariciaba la espalda tratando de tranquilizarla; él había entendido mis motivos. Cuando mamá se calmó un poco, me miró y dijo:

—Cariño, si crees que en Madrid no vas a pensar en él, estás equivocada. El amor no se olvida tan fácilmente...

—Mamá, no me voy para olvidar su amor. Estoy dolida, sí, por la traición de ambos, pero lo he pensado mucho y me he dado cuenta de que no estaba enamorada. El día en que me propuso matrimonio recuerdo que tú me preguntaste si estaba segura. En ese momento debí haber dicho que no, que no estaba segura...

—Pero cariño...

Le apreté la mano y la miré para que me permitiese continuar.

—La organización de la boda hizo que dejara de lado esa inseguridad, y me distraje con el vestido, la fiesta y mi sueño, pero hoy te puedo decir que estaba equivocada. —

Tragué saliva, cerré los ojos y, sacudiendo la cabeza, añadí —: Encontrar a Valentín y a Claudia juntos fue un *shock*, pero también me lo hizo más fácil. Ahora es preciso que siga con mi vida, y aquí sería duro. En Madrid está Benja. Buscaré un trabajo allí; iré para las entrevistas y luego, cuando lo tenga, me mudaré. Necesito que me apoyéis en esto, que confiéis en mí...

—Claro, cariño. Puedo ponerme en contacto con amigos para ver si tienen algún puesto para ti.

—Gracias, papá, pero prefiero hacer esto sola. ¡Debo empezar a vivir mi vida!

—Deja que te ayudemos, cariño.

—Me ayudaréis si me prestáis el piso. Cuando esté trabajando y tenga mi sueldo, quiero pagaros un alquiler o alquilar algo más pequeño. El piso es grande, pero ahora alquilar otro me supondría un esfuerzo considerable, y como está desocupado...

—Claro, cariño. Iré a por las llaves.

Mi hermana estaba un poco apartada, pero escuchando, y le hice un gesto para que se acercara.

—¿Vendrás a verme?

—¡Intenta impedírmelo! —contestó a la vez que me golpeaba el hombro, y después me abrazó fuerte.

Imprimí algunos currículos, les adjunté mi mejor foto y los envié. A pesar de las pocas ofertas, había dos anuncios en los que estaba realmente interesada. Uno era de un colegio que requería personal de apoyo para los alumnos, y el otro, de una empresa de ingeniería para un puesto en el área de recursos humanos.

El jueves temprano llamaron de una clínica psicológica a la que había enviado un currículum y concertamos la entrevista para el lunes por la mañana. Deseaba que me llamaran también de alguno de los otros trabajos para que el viaje valiese la pena. El viernes a media tarde, cuando estaba

saliendo para Madrid, me llamaron de la empresa de ingeniería. Me había gustado la oferta; era un gran cambio. Me dieron cita para las tres de la tarde del lunes.

El lunes amaneció despejado. El fin de semana había estado lloviendo a ratos, aunque eso no impidió que fuera muy divertido. Tenía dos entrevistas, así que me levanté con tiempo para arreglarme. Me vestí con un traje negro de pantalón ancho, una camisa gris claro y mis zapatos de punta fina; un poco de polvo en las mejillas, algo de sombra, rímel, brillo de labios y el cabello recogido en un moño.

—Ya estoy lista. ¿Qué tal? —pregunté, dando una vueltecita.

—¡Preciosa! —dijo Dan.

—Espero causar buena impresión y que me acepten en alguno de los dos trabajos.

—Eres inteligente y tienes excelentes referencias. ¡Sólo un tonto no te seleccionaría!

—Eso lo dices porque eres mi hermano.

—Toma, llévate mi coche...

—¡Gracias, Dan! ¿No lo necesitas hoy?

—¡No! Hace un día agradable para caminar y no estamos lejos. Además, será más fácil para ti ir de un lado a otro si utilizas el GPS en lugar de un mapa.

Le di un abrazo a cada uno y me marché a la primera entrevista, que era a las diez.

Entré en la clínica psicológica Esperanza. El lugar era bonito, pero no me pareció cálido, algo que esperaba para mi entorno de trabajo. Me acerqué al mostrador y me presenté. La recepcionista me indicó que me sentara, que ya me atendería alguien de recursos humanos, así que hice lo que me dijo y, una vez sentada, aproveché para observar la dinámica del centro. Unos diez minutos después, una mujer

de unos cuarenta y cinco años abrió la puerta del despacho que había a un lado de la recepción.

—¿Señorita Azul Alzogaray?

—¡Soy yo!

Me levanté y le di la mano firmemente. Para ese cambio de vida que tanto ansiaba, también había decidido usar mi segundo nombre. Siempre me había gustado y era una oportunidad perfecta.

—Mucho gusto. Soy Inés Estévez, directora de recursos humanos. Pasa, por favor. —Me tendió la mano y con un gesto me ofreció asiento—. ¿Deseas un té o un café?

—Un café estaría bien, gracias.

Habló por el interfono y le pidió a la recepcionista dos cafés, para luego acomodarse en su sillón.

—Tu currículum es realmente impresionante. Fuiste la mejor de tu promoción... y tienes muy buenas referencias.

—¡Gracias!

Pero cuando iba a explicarle mi experiencia, se abrió la puerta. Era la recepcionista, con una bandeja con café para ambas.

—Gracias, Luisa... Como te decía, estoy impresionada con tu currículum. Aquí, en Esperanza, estamos haciendo una reestructuración del perfil que queremos darle a la clínica. —Tomó un sorbo de café y continuó—: Antes nos dedicábamos a los adolescentes, pero empezamos a expandirnos y a abarcar niños y adultos, como habrás podido observar en las salas de espera.

Tomé un sorbo de café; quemaba levemente. Hablamos largo rato de mi experiencia, de la línea de trabajo, de cómo funcionaban y de cómo estaba organizada la clínica, entre otras cosas. Terminamos con lo inevitable.

—¿Cuáles son tus aspiraciones salariales? Nos gustaría que formarás parte de nuestro *staff*, pero debes saber que por el momento no es gran cosa lo que podemos ofrecerte.

Sin embargo, quisiéramos que tuvieras en cuenta nuestra propuesta para el área infantil.

El café estaba horrible, pero me parecía una falta de educación no tomarlo, así que lo terminé de un trago.

—Quiero ser sincera como usted lo ha sido conmigo. Tengo otra entrevista esta tarde. La oferta es distinta...

—Entiendo y agradezco tu sinceridad. Te concretaré la propuesta, y cuando tengas la otra entrevista, podrás elegir qué es lo mejor para ti. —Se levantó de su silla—. Déjame mostrarte los consultorios.

Cuando terminamos, nos dimos la mano y me confirmó que, a más tardar, me enviaría la propuesta a lo largo de la tarde del día siguiente.

Ya había pasado el mediodía y decidí almorzar algo liviano por el camino y llamar a mi hermano para contarle cómo me había ido.

—Sí, Benja, me ha gustado, pero no me ha encantado. Estaría haciendo lo mismo que en casa, y realmente preferiría un cambio. Voy a ver qué tal la otra entrevista. Los de la clínica estaban muy interesados en que aceptara, aunque me han dicho que no me podían pagar mucho.

—Seguramente, surgirá alguna otra oportunidad. No tengas prisa.

—Quizá... Nos vemos esta noche, Benja. Un beso.

—Otro para ti.

Miré el reloj; todavía tenía dos horas largas por delante, así que decidí ir al piso de mi hermano a refrescarme. Como hacía bastante calor, me di una ducha y me puse algo más fresco: un vestido recto color chocolate con un cinturón crema y los zapatos sin puntera, haciendo juego. Me retoqué el maquillaje, tomé el maletín y salí para dirigirme a la siguiente entrevista.

Cuando llegué a mi destino, gracias al GPS, busqué dónde estacionar. No fue fácil; los alrededores del paseo

de la Castellana están abarrotados de empresas y edificios de oficinas. Caminé tres manzanas hasta dar con el inmueble, que no me impactó, al menos en comparación con las Torres Kio, que destacaban arquitectónicamente a su lado. El edificio tenía cinco pisos de cemento pintado de color crema y vidrios ambarinos ahumados. Un rótulo horizontal anunciaba: «Ingeniería Del Monte». Después de que las puertas de vidrio se abrieran automáticamente, observé que el interior también era de cemento en tonalidades crema, con suelo de madera lustrada. En el vestíbulo había grandes sillones de cuero a tono con las paredes, una mesa de vidrio ahumado con un pie de cemento y grandes flores con hojas verdes y jazmines que daban vida a aquel minimalista edificio. La única decoración que había en las paredes eran varias pantallas planas.

Me acerqué al mostrador y me presenté. La chica de recepción fue muy amable y me dio una acreditación de visitante.

—Los ascensores están a la izquierda. Cuarto piso. Al fondo la espera el señor Borges, de recursos humanos — me explicó, sonriendo gentilmente.

—¡Gracias!

Me encontraba ya frente a los ascensores cuando se abrió el primero y me llevaron por delante. El choque fue eléctrico. Mi maletín cayó al suelo, se abrió, y los papeles que había dentro se desparramaron. Me agaché para recogerlos mientras escuchaba que quien me había atropellado hablaba enérgicamente.

—¡Te dije que no! ¡Pues solúcionalo! ¡Ése es tu maldito trabajo!

La chica que estaba con aquel hombre se agachó a ayudarme.

—Lo lamento —murmuró con cara de terror.

Miré hacia arriba, molesta, y vi que el hombre me atravesaba con sus ojos azules sin inmutarse.

—Tranquila, no ha sido culpa tuya —contesté, y a él lo asesiné con la mirada.

Rápidamente, terminamos de recoger los papeles, cerré mi maletín, me incorporé, le di las gracias a la chica y entré en el ascensor que tenía las puertas abiertas. No quise mirar hacia atrás porque podía sentir sus ojos siguiendo mis movimientos. Presioné el botón del cuarto piso y las puertas se cerraron. No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que espiré fuertemente.

—¡Maleducado! —grité al espejo—. ¡Ni disculpas, ni nada!

Caminé hasta la recepción del cuarto piso y me presenté nuevamente. Otra amable chica me acompañó a la sala de espera e, indicándome que ya me atenderían, me ofreció algo de beber.

—Agua estaría bien, gracias.

El piso era idéntico a la planta baja: vidrios ahumados, cemento en tono crema, sillones de cuero, mesa de vidrio con un pie de cemento, jazmines y suelo de madera. Me senté en el mullido sillón y la recepcionista me trajo en seguida una bandeja con el agua. Cuando estaba terminando de beber, se abrió la puerta de un despacho y un hombre entrado en los cincuenta me llamó y tendió la mano para saludarme.

—Señorita Alzogaray, mi nombre es Carlos Borges. Soy el director de recursos humanos.

—Mucho gusto, señor Borges —respondí, estrechándole la mano.

—Pase, por favor. ¿Desea algo de beber?

—No, muchas gracias. Ya he tomado algo mientras esperaba.

—Bien.

El señor Borges hizo una pausa y, con un gesto, me indicó un sillón para que me sentara, y él se sentó frente a mí.

—Señorita Alzogaray —continuó—, me temo que no tengo buenas noticias. La habíamos citado para ofrecerle el puesto de psicóloga, aquí, en el departamento de recursos humanos, pero el puesto ya no está disponible —dijo con pena o vergüenza.

Mi rostro debió desfigurarse, ya que de inmediato él se agarró el puente de la nariz y, cerrando los ojos, levantó las gafas que llevaba puestas.

—Podría hacer algunas llamadas. Tiene usted un currículum excelente, pero no puedo asegurarle nada.

—No se preocupe, señor Borges —lo tranquilicé, y me levanté casi de un salto.

—Señorita Alzogaray, disculpe que la hayamos hecho venir. Deberíamos haberla avisado, pero...

El hombre no sabía qué decir, y yo tampoco. Entonces se levantó del sillón, me siguió hasta la puerta y la abrió para dejarme salir. Nos dimos la mano para despedirnos, y cuando me volví para irme, choqué contra alguien. «¡Maldita sea! ¡Dos choques en el mismo día es demasiado!» Miré hacia arriba y ahí estaban nuevamente esos ojos azules. «¡Mierda!» Estaba muy cerca. «No debe ser mucho mayor que yo.»

—¡Señor Del Monte! —exclamó el señor Borges.

—Con permiso —dije, impaciente—. Que tenga un buen día, señor Borges.

—Igualmente, señorita Alzogaray. Disculpe el error.

Me giré un poco para fulminarlo con la mirada y rehíce el camino hacia el ascensor. Cuando llegué a la planta baja, tiré de la tarjeta de acreditación y se la dejé a la recepcionista.

—Gracias. Buenos días.

Al darme cuenta de que estaba hablando por teléfono, la saludé con la mano en el aire y caminé hacia la puerta de entrada. Estaba a punto de salir cuando oí que me llamaba.

—¡Señorita Alzogaray! —Me volví—. El señor Borges quiere verla en su despacho.

Caminé otra vez hacia el mostrador y me tendió la acreditación nuevamente, pero me negué.

—Dígale al señor Borges que mi tiempo también vale y que no me gusta que me lo hagan perder por capricho. Gracias.

Salí del edificio y recorrí las tres manzanas hasta donde había dejado el coche de Dan casi corriendo. Sonó el móvil. «Número privado.» No quería atender la llamada. Podía ser Valentín, que llevaba más de un mes con múltiples e inútiles intentos de comunicarse conmigo. Dejé que saltara el buzón de voz.

Subí al coche, me aferré al volante y repasé la última hora de mi vida. La electricidad todavía estaba allí. No había sido una, ¡sino dos veces!

—¡Grrr!!

Otra vez sonó el móvil. «Número privado», otra vez.

—¡No te voy a atender! —grité como si el móvil tuviese la culpa.

Puse en marcha el coche. Tendría que enviar otros currículos. Había decidido quedarme unos días más para ir al piso de nuestra infancia; después de todo, si conseguía trabajo, ése sería mi hogar de nuevo. El jueves regresaba a Marbella, así que debía apurarme si quería conseguir alguna otra entrevista.

Pasé por la librería de mi hermano y Dan y les conté lo que me había ocurrido, aunque sin mencionar nada del maleducado de ojos azules.

—¡Podrían haberme avisado por teléfono en lugar de hacerme ir a propósito!

—¡Qué ridículo!

—Jaz —dijo Dan con tono tranquilizador—, quédate el tiempo que necesites. Envía otros currículos y no aceptes un trabajo que no te guste —me aconsejó, haciendo referencia a lo que yo le había comentado a mi hermano sobre el puesto que me habían ofrecido en la clínica.

—Es lo que voy a hacer, pero primero quiero ir a nuestro piso para revisar que todo esté bien.

—Está amueblado y equipado con lo básico. Faltan la televisión, el equipo de música y esas cosas. ¿Qué te parece si nos pasas a buscar y vamos de tapas?

—¡Me parece fantástico! ¿A qué hora nos encontramos? Te devuelvo el coche, Dan. Muchas gracias. Me voy en metro y así aprovecho para tomar un poco de aire...

—A las siete y media cerramos.

—¡Perfecto! Nos vemos luego, entonces.

Me dirigí al metro. Aún sentía la electricidad de aquel choque. Me sorprendí pensando en sus ojos y en la intensidad de su mirada. Sacudí la cabeza para deshacerme del pensamiento. «¡Basta! Tengo que poner mis energías en conseguir otras entrevistas.»

Llegué al piso de nuestra infancia. Tantos recuerdos. Nunca supe por qué nos habíamos marchado a Marbella. Lo habían pintado y habían cambiado algunos muebles. Entré en mi habitación, que estaba igual a como la recordaba. Abrí la puerta del vestidor. En ese caso, lo recordaba más grande. ¡Claro, cuando uno es pequeño, todo parece más grande! Allí, en el espejo del vestidor, encontré la foto que me había hecho con mi amigo en la plaza Mayor, espantando las palomas; desde muy pequeña, odiaba las palomas, así que él, cada vez que veía alguna, la ahuyentaba por mí. Me sonreí ante el dulce recuerdo. Mamá nos había hecho esa foto, y cada uno tenía una copia. ¡Éramos tan pequeños! Tendríamos unos siete u ocho años.